

No pienses en un elefante. Lenguaje y debate político**GEORGE LAKOFF**

Editorial Complutense. Madrid, 2007. 174 páginas

Por Guillermo Fuentes y Verónica Pérez*

George Lakoff (Estados Unidos, 1941) es Profesor de Lingüística y Ciencias Cognitivas de la universidad de California, Berkeley, y fundador del Rockridge Institute. Desde la década de 1980 se ha dedicado a aplicar la lingüística cognitiva al estudio de la política, más específicamente, al análisis del discurso político público.

No pienses en un elefante pone sobre la mesa una cuestión que podría extrapolarse a otros contextos, como el europeo continental y el latinoamericano, a pesar de ser pensada para la realidad política estadounidense durante los períodos de gobierno de George W. Bush en el contexto del avance de una agenda neoconservadora: los partidos progresistas y/o de izquierda han dejado de lado la construcción de una estrategia comunicativa que permita pensar los problemas sociales en clave progresista. El correlato de este hecho podría ser el fracaso electoral, incluso en contextos de buenas gestiones de gobierno, como ocurrió en Chile tras los 20 años de gobierno “exitoso” de la Concertación.

¿Por qué es importante para los partidos políticos desarrollar una estrategia comunicativa? De acuerdo al planteo de Lakoff, las personas piensan mediante “marcos”, que “(...) son estructuras mentales que conforman nuestro modo de ver el mundo. En política, nuestros marcos conforman nuestras políticas sociales y las instituciones que creamos para llevar a cabo dichas políticas: el cambio de marco es el cambio social” (Lakoff 2007:17).

La idea principal del autor en el libro es que existen por lo menos dos marcos a partir de los cuales se estructuran las opiniones, actitudes y conductas. Estos marcos aluden a dos modelos “opuestos e idealizados de familia: el modelo del padre estricto y el modelo de los padres protectores” (Lakoff 2007:28-35). Estos modelos, llevados a los análisis que se realizan desde la Ciencia Política, pueden ser útiles para complejizar las categorías de izquierda y derecha, en la medida en que incorporan nuevos elementos al clivaje tradicional Estado-Mercado. Asimismo, los modelos de familia propuestos son metáforas que estructuran y dan cuenta de diferentes tipos de relaciones entre el Estado, el mercado y la sociedad civil.

La metáfora de la “familia protectora” parte del supuesto de que las personas son buenas y que pueden ser mejores. En este modelo, tanto el padre como la madre son los encargados de educar y criar a los hijos, lo que implica dos actitudes básicas: empatía y responsabilidad. Para Lakoff este modelo de familia se asocia con los valores políticos progresistas en la medida en que “desde la empatía queremos para

* Verónica Pérez. Licenciada en Ciencia Política. Docente e Investigadora del Departamento de Ciencia Política, Facultad de Ciencias Sociales, Udelar. Guillermo Fuentes. Licenciado en Ciencia Política. Docente e Investigador del Departamento de Ciencia Política, Facultad de Ciencias Sociales, Udelar.

los otros, protección frente al peligro, realización en la vida, justicia, libertad, etc.” (Lakoff 2007: pp. 34). Llevado al terreno de la gestión de gobierno, estos valores se deberían materializar en políticas públicas relacionadas con la protección de las personas en diversos ámbitos: medio ambiente, condiciones de trabajo, atención sanitaria, educación, entre otras.

Por otro lado, el “padre protector” da cuenta de una visión más jerárquica de concebir las relaciones sociales. Este modelo considera que “El mundo es un lugar peligroso y siempre lo será (...). Además, el mundo es difícil porque es competitivo. Siempre habrá ganadores y perdedores” (Lakoff 2007:28). Desde este enfoque, la moralidad es considerada condición necesaria para alcanzar la prosperidad, es decir, ésta se alcanza exclusivamente por el esfuerzo individual y la búsqueda del propio interés. La comprensión de este marco para el análisis político ayuda a entender, por ejemplo, la posición de los partidos conservadores sobre las políticas sociales. Desde esta perspectiva, cualquier programa que transfiera recursos sin contrapartidas será considerado “inmoral”, pues no corresponde que la gente reciba recursos que “no ha ganado”, ya que dichas políticas atentarían contra la independencia y autonomía de las personas¹.

El supuesto de Lakoff de que la gente piensa mediante marcos conceptuales, cuestiona uno de los enfoques más difundidos en la Ciencia Política, según el cual el comportamiento electoral de las personas sigue una lógica racional en función de sus propios intereses². Por el contrario, para el autor las personas definen sus preferencias electorales a partir de los principios y valores con los que se sientan identificados.

El argumento de Lakoff es relevante pues asumir su reflexión como válida entraña consecuencias directas sobre las estrategias electorales de los partidos en un sentido distinto al que proponen los teóricos de la acción racional. De acuerdo a la teoría del votante medio, racionalmente los partidos deberían ajustar su oferta programática para captar el “centro” del espectro ideológico donde se encontrarían la mayor cantidad de votantes. No obstante, siguiendo el argumento de la obra de Lakoff, el centro ideológico no existe: las personas que no se enmarcan en un único modelo de familia (padre estricto o padre protector) son catalogados como “biconceptuales”: “es natural –o habitual– ser conservador en cuestiones fiscales y progresista en cuestiones sociales o tener un punto de vista conservador de la economía y un punto de vista progresista de las libertades civiles (...). Los moderados no deben confundirse con los biconceptuales. No existe una cosmovisión moderada y son pocas las personas verdaderamente moderadas” (Lakoff 2008).

Para el autor, el error que cometen los partidos progresistas es moderar su

1 El planteo de Lakoff puede ser relacionado con la distinción entre izquierda y derecha que realiza, por ejemplo, el clásico trabajo de Norberto Bobbio (1995). En ella, la diferencia fundamental es el posicionamiento frente a la relación entre igualdad-desigualdad natural e igualdad-desigualdad social. Quienes defienden posiciones de izquierda enfatizan “lo igualitario”. Por el contrario, quienes tienen posiciones de derecha parten de la idea que la mayoría de las desigualdades existentes son naturales, y por lo tanto, no eliminables. Siguiendo a Bobbio, Malamud (2002) plantea que el énfasis en el valor de la igualdad en la izquierda hace que ésta sea partidaria de una mayor intervención del Estado en la economía y las políticas sociales, mientras la derecha sostiene la no injerencia estatal y la primacía del mercado como la forma más eficaz de asignación de recursos entre los miembros de una comunidad.

2 Ver por ejemplo Downs (1957)

discurso con la expectativa de captar al supuesto votante medio. En esta estrategia, muchas veces, los partidos progresistas apelan a evocar marcos conceptuales del padre estricto. Sin embargo, el votante medio es biconceptual, es decir, utiliza los dos marcos. Por lo tanto, activar un marco de padre estricto por parte de un partido progresista, no resulta tan creíble para estos votantes ya que este marco es mejor evocado por los partidos conservadores. En definitiva, la disputa no pasa por moderar el discurso sino por activar el marco progresista en el votante biconceptual: “los conservadores intentan activar los marcos profundos conservadores de los biconceptuales (...). Como hemos visto, hablan al centro dirigiéndose a sus bases. Los progresistas tienen que hacer lo mismo” (Ibíd.).

El uso de marcos puede aplicarse claramente al análisis del discurso de los partidos en torno a las políticas de redistribución (socioeconómicas o de otro tipo). Desde un marco de “padre estricto”, los pobres son pobres porque no han hecho el suficiente esfuerzo para mejorar su posición. En este sentido, las políticas sociales deben cubrir mínimos, pero lo que es más importante, se debe exigir a los beneficiarios una contrapartida por el “beneficio” que reciben (como trabajo voluntario por ejemplo). Desde un marco esencialmente progresista, en cambio, los pobres no son pobres porque quieren, sino porque el funcionamiento social ha generado una distribución desigual de recursos entre las personas de tal forma que unos se apropian de una porción mayor de la riqueza que otros. Las políticas sociales progresistas tenderán entonces a redistribuir entre grupos y no deberían existir razones para exigir contrapartidas. Cuando los progresistas apelan a políticas sociales condicionales están utilizando un marco de padre estricto; un modelo de renta básica sería, en cambio, un modelo apoyado en un marco de padre protector.

Otro ejemplo de progresistas usando marcos conservadores es el tema de la seguridad pública. Históricamente la seguridad no ocupó un lugar central en el discurso de los partidos progresistas, lo que determinó que en este tema quedara el terreno libre para el afianzamiento del marco conservador. De este modo, cuando este tema se instala como problema prioritario en la agenda política, a los partidos progresistas no les queda más que incorporarlo a su discurso y lo hacen, en principio, siguiendo el modelo del padre protector; que traducido en propuesta de política pública implica la creencia de que resolviendo las causas estructurales –pobreza y educación por ejemplo– se está contribuyendo con mayor seguridad pública. Sin embargo, este discurso no es legitimado por la ciudadanía ya que el marco instalado es el del padre estricto, donde la respuesta ante la violencia debe ser el castigo, se considera al ser humano como esencialmente malo, el no intervenir a tiempo solo puede terminar por generar más inseguridad y violencia.

Así, ya no importa que se utilicen estadísticas que muestren la reducción de la criminalidad, ya que: “Si los hechos no encajan en un determinado marco, el marco se mantiene y los hechos rebotan” (Lakoff 2007:39). ¿Cuál es el error de los progresistas entonces? Que en lugar de intentar cambiar el marco hegemónico, adoptan el discurso de padre estricto bajo la premisa de que esto es redituable en el corto plazo. Pero como contrapartida, esta estrategia no hace más que reforzar el marco rival.

En resumen, la obra de Lakoff, ya sea para acordar o disentir, es útil tanto para los análisis académicos como para la acción de los políticos profesionales en la medida en que introduce elementos conceptuales diferentes al *mainstream* de la disciplina y obliga a problematizar cuestiones que tienden a darse por saldadas.

“El ejercicio es: no pienses en un elefante. Hagas lo que hagas, no pienses en un elefante³. No he encontrado todavía un estudiante capaz de hacerlo. Toda palabra, como elefante, evoca un marco, que puede ser una imagen o bien otro tipo de conocimiento: los elefantes son grandes, tienen unas orejas que cuelgan y una trompa; se los asocia con el circo, etc. La palabra se define en relación con ese marco. Cuando negamos un marco, evocamos el marco” (Lakoff 2007:23).

Bibliografía

Bobbio, Norberto (1995). *Derecha e izquierda. Razones y significados de una distinción política*. Madrid: Taurus.

Downs, Anthony (1957). *Teoría económica de la democracia*. Madrid: Aguilar.

Lakoff, George (2008). *Puntos de reflexión. Manual del progresista*. Barcelona: Península.

Malamud, Andrés (2002). “Partidos políticos”; en Julio Pinto (Comp.) *Introducción a la Ciencia Política*. Buenos Aires: EUDEBA.

3 Como es sabido el elefante es el tótem del Partido Republicano.